

temer decisiones falsas ó injustas de aquellos á quienes la Eterna Sabiduría ha dicho: "El que os escucha, me escucha á mí. . . . Yo estaré todos los dias con vosotros. . . . Todo lo que hubiéreis desatado sobre la tierra, será desatado en el cielo: todo lo que hubiéreis atado en la tierra, atado será en el cielo?"

A estas solemnes promesas de Aquel cuyas palabras no pasarán, aun cuando pasaran los cielos y la tierra, agreguemos las garantías que nos ofrece la constitucion del sacerdocio y la naturaleza de la religion católica; garantías de una fuerza tal, que entre las constituciones políticas las mas liberales, la constitucion católica es indudablemente la que pone mas trabas al despotismo y á la arbitrariedad.

Hablemos desde luego de las garantías que ofrece la constitucion gerárquica del sacerdocio. Porque el papa, en su calidad de sucesor de S. Pedro, establecido por Jesucristo, pastor de los pastores y cabeza de la Iglesia universal, ejerce el poder supremo, ¿se sigue, amigos míos, que él sea libre para decidir de todo y gobernar segun sus propias luces y las de los consejeros que á él le parezca escoger? No, y mil veces no.

A mas del consejo habitual del papa, que es el sacro Colegio, encargado de elegir al soberano pontífice y de asistirle en su inmensa administracion, hay en la gerarquía católica un grande cuer-

### ENTRETENIMIENTO DIEZ Y SEIS.

*Receta contra el temor de abuso de la infalibilidad. Importancia de la infalibilidad para la libertad de todos, y sobre todo del pueblo.*

Mr. el Mayre me preguntaba al fin del último entretenimiento, cuáles son las garantías de los católicos contra los abusos posibles de la prerogativa de la infalibilidad doctrinal. Yo le respondo que la mejor garantía contra el abuso es la misma infalibilidad. En efecto, una de dos cosas: ó se cree la promesa hecha por el divino Maestro á los gobernantes de su Iglesia, de asistirlos tan bien en su mision divina, que sus súbditos espirituales puedan y deban siempre obedecerlos sin temor de ser engañados, ó no se cree. Si no se cree, se dejó de ser católico. Si se cree, se desvanece el temor del abuso. ¿Cómo temer ser engañado por una autoridad que se cree infalible? ¿Cómo

po que Jesucristo ha asociado siempre á su vicario en el ejercicio de la soberanía espiritual. Este senado eterno de la Iglesia en el episcopado, son los obispos, á quienes el papa llama sus venerables hermanos: "hermanos establecidos tambien por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios" como dice S. Pablo <sup>1</sup>. Estos son los sucesores de los apóstoles, á quienes el divino Maestro ha dado por gefe á S. Pedro, y á los que ha dicho lo mismo que á Pedro: "Id, enseñad á todas las naciones. . . . Hé aquí que estoy con vosotros todos los días. . . . El que os escucha, me escucha: el que os desprecia me desprecia. . . . Todo lo que vosotros atareis sobre la tierra, &c." (Mat. 18. 18-20)

Los obispos, ved aquí los consejeros natos del papa, sus asistentes perpetuos en el gobierno de las almas, y sin cuyo concurso ningun papa ha pronunciado jamas un juicio solemne en materia de fé, de moral y ni aun de disciplina universal. Cuando las circunstancias no han permitido al soberano pontífice reunir á los obispos en las grandes asambleas llamadas concilios generales, para que ellos deliberasen en comun sobre los negocios religiosos de un grande interés, siempre he estado por lo que la mayor parte, por lo menos de los obispos á quienes se ha consultado, sea en los concilios provinciales ó sea individualmente, bre-

Hechos de los apóstoles, cap. 20, v. 28.

conociéndoles así la cualidad de jueces de la doctrina y miembros del gobierno religioso. ¿No veis en esto, amigos míos, una admirable garantía contra las sorpresas de la ignorancia, ó los manejos de la ambicion y de la mala fé?

Supongamos que un papa se desnudara de todo espíritu de fé y de sabiduría humana para querer introducir en nuestro símbolo, ó en nuestro decálogo un artículo á su modo: supongamos todavía mas, que él encuentre bastante ignorancia, ó cobardía en el sacro Colegio y las congregaciones que lo rodean, para ganarlas en favor de su proyecto (cosa difícil de creer aun hablando humanamente), ¿cómo obtener el consentimiento de ochocientos ó mil obispos diseminados en el universo, obligados todos por juramentos solemnes á defender hasta con el precio de su sangre la doctrina inmutable de la Iglesia de que ellos tambien son jueces? La conjuracion del papa con los cardenales y la mayor parte de los obispos para engañar al pueblo católico ¿no ofrece, aun al solo punto de vista humana, obstáculos insuperables? Pero lo que hace esta conjuracion imposible, es la naturaleza misma de la religion católica.

¿Qué es, en efecto, nuestra religion católica, apostólica, romana? ¿Es un sistema religioso indefinido, vaporoso, mal conocido, semejante á los sistemas filosóficos de Alemania, que cada uno entiende á su modo, y que todo da lugar á creer

que sus mismos autores no lo han comprendido? Nuestra religion nada tiene de comun con esas religiones elásticas de la Biblia protestante, religiones tan variables y caprichosas, que si se puede mostrar lo que las iglesias protestantes enseñaban en los siglos diez y seis y diez y siete, ninguno puede decir lo que ellas enseñan hoy, fuera de su dogma imperecedero para ellos. "El papa es el Antecristo." No, evidentemente no. De todas las religiones que han visto la luz del sol, la católica es la mas terminantemente definida, formulada, la mejor conocida en la enseñanza de sus artículos de creencia, de sus preceptos morales y su culto.

Si los sectarios de la herejía, del cisma y de la filosofia pancista, nos atribuyen multitud de creencias y prácticas absurdas, que no se atengan á su crasa ignorancia, ni cuenten con su pretendida buena fé para justificarse en el juicio. ¿Qué Iglesia ha hecho jamas tantos esfuerzos como la nuestra para mostrarse con toda claridad, y no dejar á persona alguna en la ignorancia de lo que ella enseña y practica? Su catecismo que es el resumen completo de sus doctrinas, ¿no anda en todas las manos? ¿No pretende ella grabarlo en el entendimiento y en el corazon de cada católico desde que llega al uso de la razon? ¿No tiene ella en solo la Europa trescientas mil cátedras sagradas y un millon de escuelas donde la doctrina católi-

ca es incesantemente espuesta y esplicada? ¿No tiene tambien una multitud de universidades, de grandes escuelas eclesiásticas, en las que todas las materias religiosas son profundizadas y victoriosamente defendidas de los ataques de la falsa sabiduría? Las bibliotecas públicas y privadas ¿no rebosan de demostraciones católicas?

No es esto todo: la religion católica es verdaderamente una religion, es decir, segun el sentido de la palabra, una ley que liga, que ata poderosamente á los hombres, que se apodera de todas sus facultades, no solo del entendimiento y de la memoria, sino sobre todo del corazon, de la voluntad, de la imaginacion, de toda la conducta: ella pues, es esencialmente positiva y práctica. Para acomodarse al estado presente de nuestra alma dominada por los sentidos, ella se ha hecho palpable, sensible, incorporándose de mil maneras en el culto y en todo lo que pertenece al culto.

¿No veis resultar de todo esto, amigos míos, la imposibilidad moral y material de una variacion por pequeña que sea en materias religiosas? Siendo estas materias conocidas de todos los pastores y de los fieles, y leyéndose hasta sobre los muros de nuestros edificios sagrados, cualquiera innovacion pondria en conmocion al mundo católico, y cuanto mas alto estuviera colocado el novador, tanto mas grande y general seria la conmocion. Esto es lo que ha sucedido cada vez que un gefe

de herejía ha venido á amenazar la unidad católica ensayando amalgamar sus concepciones particulares con las doctrinas eternas legadas por Jesucristo á la universalidad de los hombres.

¿Qué han hecho los papas en tales circunstancias? ¿Se han prevalido de la prerogativa de la infalibilidad para disparar al instante rayos contra las nuevas opiniones, sin haber consultado antes el parecer de los obispos, sin haber escuchado á los novadores y sus partidarios, sin haber procurado volverlos por el medio de la persuasion? No se podrá citar un solo ejemplo. No es sino despues de muchos años consagrados á la discusion de las materias controvertidas, cuando el papa, aprobando las decisiones de un concilio general y declarándolas ejecutorias, ó pronunciando él mismo en seguida del voto del episcopado, del dictámen del sacro colegio, de las congregaciones que él ha establecido al efecto, declara y define solemnemente, cuál es sobre el artículo de fé contestado, la verdadera fé de la Iglesia, y hiere con la espada espiritual de la excomunion, como corruptor de la fé comun, á cualquiera que rehusare someterse á esta Iglesia, de quien dijo Jesucristo: "Quien no la escuchare sea tenido como un gentil y un publicano." La última de las grandes herejías, el protestantismo nacido en 1517, no fué definitivamente juzgado, sino en el concilio de Trento, que duró cerca de diez y ocho años, y no se cerró sino en 1563.

¿Qué es, pues, amigos míos, esta autoridad suprema que nosotros reconocemos en la Iglesia docente, ó sea en el sacerdocio católico, presidido por el jefe que Jesucristo le ha dado? ¿Es esto una facultad concedida al papa y á los obispos para decidir, segun su gusto, lo que nosotros debemos creer y practicar, y para darnos de la noche á la mañana dogmas y preceptos nuevos? No, es ésta una facultad reservada á los papas y papistas de la herejía, de la que luego veremos usan ellos ampliamente, sin mayor escándalo para los carneros bobos que los siguen. Vosotros comprendéis ya que Jesucristo ha puesto en su Iglesia obstáculos invencibles á tales licencias, no solamente por sus promesas, sino también por la constitucion gerárquica del sacerdocio, y por la naturaleza misma de la religion, que es eminentemente popular y tan bien conocida de todos los que no se obstinan en quererla ignorar, que ningun cambio, por pequeño que sea, podria introducirse sin que causara un gran escándalo. La autoridad católica, es pues, esencialmente conservadora, y cuando se despliega por decretos solemnes, no es para crear nuevas creencias, sino para explicar, esponer mejor, y defender las creencias invariables de todos los siglos cristianos, contra los orgullosos sofistas que se empeñan en corromperlas y privar de ellas al género humano.

Que estos falsarios descarados entren en furor

contra la autoridad que les impide mezclar el veneno del error á las verdades saludables, que el Hijo de Dios ha confiado á la guarda del sacerdocio apostólico: que ellos se llenen de rabia al ver que la grande mayoría de los hijos de la Iglesia prefieren á sus insensatos desvaríos la religion del papa, de los obispos y de cincuenta generaciones católicas: esto que pase sin decirlo. Todo gefe de herejía que lucha científicamente contra el juicio de la Iglesia universal, es un demonio lleno de orgullo, en el cual se puede suponer un grano de locura, pero no de buena fé: es un hijo de Satanás que, como su padre, quiere tener razon contra Dios; ¡pero no veis, amigos míos, en qué vendría á parar la religion de Jesucristo, si á la sociedad religiosa le faltara un poder, al que todos estuvieran obligados á creer cuando les dice: ¡Cuidado! ved ahí un error salido del abismo, huid de sus inventores y propagadores como de una calamidad pública? La facultad que se concediera á un solo heresiarca, de predicar pacíficamente sus visiones, la reclamarían al instante otros cien mil visionarios como ellos. En medio de estos cien mil falsos cristianismos, ¿cómo podría distinguirse el verdadero? ¿Qué es, pues, el poder infalible conferido por Jesucristo al gefe de su Iglesia? ¿Es esto un intolerable despotismo, que no puede ser aceptado mas que por zotes, como lo repite incesantemente

el tropel de pancistas herejes, cismáticos é incrédulos? Lejos de esto, es el solo abrigo posible contra el despotismo religioso y político, es el único medio de impedir al pueblo, que venga á ser como dice S. Pablo: "Un rebaño de niños volteándose á todo viento de doctrina, y abandonados á todos los pillos y bribones que quieran explotar sus almas y sus cuerpos".

*El Mayre.*—Sí, señor: esta vieja acusacion contra el poder espiritual no puede ser repetida mas que por los enemigos de toda religion que no sea de su fábrica, es decir, forjada por ellos ó por los imbéciles á quienes ellos han enseñado. Yo os doy las gracias por haberme asegurado tan bien contra los peligros fantásticos de la infalibilidad religiosa. Ojalá nuestras constituciones políticas, las mas liberales, nos ofrecieran contra los excesos del poder y la arbitrariedad de nuestros gobernantes, la mitad de las garantías que encontramos en la Iglesia. Armado con mi catecismo, que en nada se distingue del de mi bisabuelo, yo conozco todas las obligaciones que me impone la ley de Dios y de la Iglesia; y si mi cura se permitiera añadirle ó quitarle algo, no tendria yo mas que dar un grito, para denunciarlo al obispo. Yo veo que estas obligaciones eran las mismas para mis antepasados, que las que son para todos los católicos mis

<sup>1</sup> Epístola á los Efesios, cap. 4º, v. 14.

contemporáneos, y yo tengo razon de creer que ellas serán las mismas para mis terceros nietos. Ved aquí que esto me parece un sistema religioso, donde se encuentran juntos el órden, la fraternidad, la igualdad y tambien la libertad, á no ser que se haga consistir la libertad religiosa en la facultad de vivir sin religion. En cuanto al órden político y civil, yo deseo mucho saber si hay un solo hombre en Europa capaz de decirme con exactitud, bajo qué régimen político y civil han vivido mis abuelos, bajo qué régimen nos encontramos yo y mis compatriotas, y bajo qué régimen vivirán nuestros hijos. Todo lo que sé es, que me cuesta grande trabajo acordarme bajo de cuántas constituciones políticas he vivido, y que no se necesitaria menos de diez yuntas de bueyes para conducir los farragos de leyes, de decretos, circulares y reglamentos espedidos por nuestros gobiernos desde mi infancia. Incierto de lo que sucederá á mis nietos, yo deseo mucho que, gracias á las locuras de sus padres y á las lecciones de Platon Polichinelle, ellos tengan bastante buen sentido para reirse á todo su gusto de nuestras locuras. Yo comienzo á sospechar que ellos no gozarán de la felicidad, sino en tanto que ellos serán, lo que nosotros no somos, verdaderos buenos cristianos.

*Platon Polichinelle.*—Sí, mi señor, ¡el catolicismo, ó la muerte! Tal es el argumento cornudo en

el que estamos encerrados por órden superior. Yo estoy de tal suerte seguro de que no escaparemos, que á pesar de mi repugnancia de hablar de lo porvenir, he dicho, y lo repito sin dudar: que ó antes del año 1900 la grande mayoría de las naciones de Europa se vuelve de nuevo á la fé católica, ó de sus habitantes actuales no quedará sino el número necesario para lavar los piés de sus nuevos señores.

En el entretenimiento siguiente veremos lo que vosotros en particular, hombres del pueblo, debéis á la fé católica, y lo que podeis prometeros para vuestros hijos de su triunfo en lo porvenir. Esta magnífica materia os determinará, yo lo espero, á no omitir nada para su triunfo, y vosotros sabréis mejor lo que los amigos de Dios y de los hombres, deben á los furiosos que han trabajado y trabajan todavía en arruinar, ó retardar por lo menos, la obra divina y humana por escelerencia.